

salieron del campo de batalla sin haberle teñido con su sangre.

Vamos, pues, amados Conciudadanos míos, vamos á postrarnos ante el sepulcro de tantos Santos, para que en el gran día de la resurrección, haciendo con ellos una misma tropa, seamos recibidos con ellos en el cielo.

## MARTIRIO

## DE SANTA DOMNINA,

SANTA BERENICE,

## Y SANTA PRODOSCES (1).

*Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 51.*

Cerca de los años de Jesu-Christo 306, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

AÚN no se han pasado mas que tres semanas que celebramos la Fiesta de la Cruz, y ya solemnizamos la de los Mártires. ¡O admirable fecundidad de la sangre de Jesu-Christo, que apenas ha tocado á la tierra, quando produce. Aún no há veinte días que se plantó este arbol, y ya nos dá frutos. Porque en fin, la muerte de estas tres admirables personas, cuya memoria celebramos hoy día, ¿qué otra cosa es que un excelente fruto de la muerte de Jesu-Christo? Estas

víc-

(1) El día 4 de Octubre en la Iglesia Griega.

víctimas han sido inmoladas por este divino Cordero: estas ternerillas escogidas en el rebaño, han sido degolladas por esta inocente oveja; y estas ofrendas no son agradables á aquel á quien se han hecho, sino en memoria de aquel primer sacrificio. Vosotros podeis ver el día de hoy una demostracion evidente de lo que os dixé en el discurso que os hice el día de la solemnidad de la Cruz. Dixé entonces, hablando del Hijo de Dios, que había quebrantado las puertas de bronce, y los cerrojos de hierro (1). En efecto, si él no hubiera derribado estas puertas, ¿cómo pudieran abrirlas unas mugeres de poca fuerza? Si no hubiera hecho pedazos estos cerrojos, ¿cómo podrían romperlos tan facilmente unas tiernas doncellas? Y en fin, si él no hubiese hecho de la prision un lugar agradable, ¿nuestras Santas Mártires hubieran entrado en él con tanta alegría? Sea el Señor bendito. El sexô mas tímido se atreve á encararse hoy á la muerte: aquel sexô, que en otro tiempo la introduxo en el mundo, hoy la desprecia, y atropella: la muger que sirvió de dardo al demonio para herir mortalmente al primer hombre, se vuelve ahora contra el demonio mismo, y le pasa con mil golpes: este sexô, que en otro tiempo no era sino una debil caña, viene á ser en las manos de Dios una flecha, de que se sirve para confundir á sus enemigos. Unas mugeres acometen á la muerte; y la que hace temblar

á

(1) *Isaiás 45. 2.*



á los mas valientes, ellas la insultan. ¡Quién no admirará un valor tan poco comun! Averguéncense los Gentiles, muéranse de confusion los Judíos por no creer la resurreccion de Jesu-Christo. ¿Qué argumento mas fuerte quieren de esta resurreccion, que esta mudanza que se ha hecho en la naturaleza? Todos los hombres temieron la muerte: no solo los flacos, sino los mas Santos, los mas valientes, los heroes de la antigua Ley, los Patriarcas, y los Reyes hicieron quanto pudieron por evitar sus tiros, y sus dardos; y unas simples mugeres de la Ley nueva se ponen delante, y aun se los meten ellas mismas en el seno. Escuchad, pues, hermanos míos, el elogio que intento hacer de nuestros ilustres Mártires, si es que vuestra atencion no se siente fatigada de los discursos precedentes. Pero nos es preciso volver á tomar el hilo desde el principio.

Jamás se había excitado contra la Iglesia tempestad mas violenta que la que hubo al principio del siglo pasado. Reuniendo tres Emperadores (1) todo su poder contra ella, la declararon la guerra en todas las partes del mundo. Atacáronla por dentro, y por fuera, y se vieron de una vez dos guerras á un tiempo: tenía que defenderse de enemigos declarados, y de enemigos encubiertos. Una sola de ellas era un mal muy grande; ¿pues cuál sería el estado deplorable en que se hallaba, viéndose por una parte expuesta á las emboscadas

se-

(1) Diocleciano, Maximiano, y Galerio.

secretas de los suyos, y por otra á las incursiones de los enemigos? Pero sobre todo, la violencia de estos era mas temible para ella que la traicion de aquellos. Porque mucho mas facil es librarse de un enemigo reconocido por tal, y que combate á cara descubierta, que evitar los asaltos de un alevoso, que baxo de una falsa apariencia de amistad, oculta el corazón, y las intenciones de un enemigo. Tenía, pues, la Iglesia que sostener, como acabamos de decir, dos guerras, una civil, y otra estraña; ó por mejor decir, una, y otra eran civiles. Porque los que la perseguian por defuera eran los Jueces, los Magistrados, y las tropas de soldados: no Jueces estraños, ni Magistrados de otro Imperio, ni soldados de alguna nacion bárbara, sino todos Romanos, viviendo todos baxo de los mismos Principes, gobernados por las mismas leyes, miembros todos de una misma República. Pero de la que se tenía que defender de la parte de sus cercanos, podía pasar por una guerra mas que civil. Porque se veía al hermano entregar la hermana, el padre á sus hijos, y el marido á su muger. Ninguna seguridad, ninguna fidelidad de parte de los parientes había. La sangre tenía perdidos sus privilegios: los derechos mas sagrados de la naturaleza, los vínculos mas estrechos de la amistad, la alianza mas firme, todo esto no era mas que enlaces imaginarios, ó á lo mas exteriores, y puramente políticos. Aquellas uniones tan santas, y tan venerables á los pueblos, aun los menos

ci-



civilizados, no eran ya conocidas entre los Romanos: violábanse, rompíanse, y se las despreciaba impunemente. Durante estas turbaciones domésticas del Imperio, y de la Iglesia, fue quando tres ilustres mugeres dieron este exemplo inaudito de una grandeza de alma mas que heroica: si es que se debe dar el nombre de mugeres á estas admirables criaturas, que en un cuerpo, y baxo la figura de mugeres, no solamente encerraban un valor viril, sino que elevándose sobre las fuerzas ordinarias de la naturaleza, mostraron una virtud, de que solas son capaces las inteligencias celestiales. Abandonaron su patria (1), su familia, su propia casa, por ir á buscar en un país distante la libertad, que se les negaba en el suyo, de adorar, y servir á Jesu-Christo.

Por un motivo tan noble, y tan elevado fue por lo que la fiel, y generosa Domnina, con sus dos hijas Berenice, y Prodosce, dexó el lugar de su nacimiento. Parémonos luego, y consideremos unas mugeres de distincion, criadas con delicadeza, y entre todas las comodidades de la vida, que van á exponerse á todas las molestas consecuencias de un largo, y penoso camino. Si los hombres robustos, acostumbrados á viajar, no dexan de experimentar en el curso de sus marchas fatigas bastante grandes, aunque tengan cómodos carruages, aunque lleven consigo muchos criados, aunque el camino sea bueno, seguro,

fa-

(1) S. Crisóstomo no la nombra.

facil de andar, que la jornada no sea larga, y aunque tengan en fin toda la libertad de volver á sus casas; ¿quál debe ser la fé de Domnina, su resolucion, su amor por Jesu-Christo, quando la vemos caminar á pie, sin comitiva, embarazada con la juventud, y belleza de sus hijas, abandonada de sus amigos, vendida de sus parientes, rodeada de enemigos, salvarse por senderos extraviados, atravesando por mil peligros, con temor por parte de sus hijas, por sí, por su honor, y por su vida; en continuos sustos, con el temor de ser seguida, descubierta, reconocida, y vuelta á llevar presa. Sale de su país donde ha nacido, de su Ciudad, de su casa, y lleva consigo dos hijas de una excelente hermosura, sin saber cómo, ni adonde ocultarlas. Ignora dónde las pondrá para librarlas de la curiosa indagacion de los hombres, y de la maligna envidia de las mugeres. La hermosura por todas partes se manifiesta: bien lo sabeis vosotros, padres, y madres, cuántos cuidados os ha costado para impedir á los engañadores llegar hasta el lugar en que conservais la de vuestras hijas. Creéis que para esto son necesarios quartos separados, y cuya entrada esté severamente prohibida á los hombres: cerrais todas las entradas con puertas dobles, con gruesos cerrojos, y fuertes cerraduras; y poneis centinelas que velen noche, y dia. Pero aún no os contentais con esto, sino que confiáis su guarda á unas ayas ancianas, á amas de criar, ó á criadas, cuya fidelidad teneis muy bien



conocida. Muchas veces no os fiáis ni aun de vosotros mismos: una madre siempre tiene los ojos abiertos sobre la conducta de su hija: un padre ronda continuamente al rededor de su quarto: los demás parientes observan de lexos; y con todas estas precauciones suele suceder, ay de mí! pero muy frecuentemente, que esta flor se coge contra vuestro gusto. ¿Pues qué hará la prudente, y virtuosa Domnina desamparada de todos estos auxilios? ¿Quién será la guarda de la virginidad de sus hijas? Será el cielo, será el mismo Jesu-Christo. Porque así como Lot en medio de Sodomá, aunque su casa estuviese sitiada de todas partes por los habitantes de esta infame Ciudad, nada tenía que temer de su insolencia, porque Dios le había enviado dos Angeles para guardarle: así también nuestras Santas fugitivas, aunque en medio de sus enemigos, fueron preservadas de tantos funestos accidentes como naturalmente eran de temer; porque tenían dentro de sí al Señor de los Angeles, que las gobernaba, y conducía. Las olas bramaban al rededor de ellas: las nubes preñadas de rayos, y de tempestades, corrian sobre su cabeza: poníase todo en movimiento para perderlas; y con todo eso caminaban con una entera seguridad, y con un paso tranquilo. Tres ovejas emprenden atravesar países cubiertos de lobos, desiertos habitados por leones, sin que estos, ni los otros se atrevan ni aun siquiera á disputarles el paso. Todos los hombres tienen ojos castos para ellas, ó por mejor decir,

sus-

suspende Dios á su favor, por todo el camino que han de hacer, los efectos naturales de su hermosura.

Terminóse, en fin, este viage en Edesa (1). Esta Ciudad es ciertamente mucho menos culta que otras muchas; pero tambien se puede decir en alabanza suya, que la piedad está en ella con mucha mas estimacion que en otras; y así nuestras ilustres viageras hallaron allí un asilo contra las persecuciones de la impiedad, y un puerto en donde creyeron poder aguardar con seguridad la vuelta de una estacion mas tranquila. Esta Ciudad, del todo santa, recibió, pues, á la madre, y á las hijas, no como á extranjeras, sino como á ciudadanas del cielo; y se encargó de ellas como de un sagrado depósito, que Dios la confiaba. Por lo demás nadie acuse á estas santas mugeres de poco valor por haber tomado de este modo la huida de sus perseguidores: en esta ocasion no hicieron mas de obedecer al precepto del Señor, que quiere, que quando uno es perseguido en una Ciudad, huya á otra. Bien lexos de que esta fuga les fuese vergonzosa, que al contrario, les alcanzó una corona. Pero, ¿y qué corona? La que está prometida á los que desprecian todas las comodidades del siglo. Porque qualquiera que abandonare por mí, dice nuestro Señor (2), su casa, ó sus hermanos, ó sus her-

(1) Metrópoli de Mesopotamia, hoy dia de Diarbak, baxo la dominacion de los Turcos. (2) *Matth.* 19. 29.



manas, ó sus amigos, ó sus parientes, recibirá el céntuplo, y tendrá por herencia la vida eterna. Tenian ellas tambien el honor de llevar á Jesu-Christo consigo (1): puesto que asegura que quando dos, ó tres personas se juntan en su nombre en qualquier lugar que sea, se halla él en medio. Pues con mayor razon, si ellas se han desterrado voluntariamente por su amor. Pero en tanto que Domnina gustaba algun reposo en este retiro, los Emperadores hacian publicar por todo el Imperio edictos dictados por la crueldad, y la tiranía, pues estaban concebidos así: Mandamos que los parientes delaten á sus parientes, que los maridos entreguen á sus mugeres, los hijos á sus padres, y los padres á sus hijos; que los hermanos acusen á sus hermanos, y que los amigos se hagan delatores de sus amigos. Al llegar aquí nos acordamos de la profecía de Jesu-Christo (2): Los hijos se levantarán contra sus padres, y sus madres: el hermano entregará al hermano á la muerte, y el padre al hijo.

Llenáronse en un instante todas las Ciudades de traidores, de homicidas, y de parricidas. Los padres ofrecian sus manos á los Jueces para degollar sus hijos: los hijos llevaban arrastrando á sus padres al pie de los tribunales: los hermanos vendian la sangre de sus hermanos: todo estaba lleno de confusion, y de tumultos. Edesa no estuvo esenta de esta tempestad, durante la qual

(1) *Matth.* 18. 20. (2) *Matth.* 10. 21.

nuestras santas mugeres gozaban de una tranquilidad profunda. No se consideraban como fugitivas, y desterradas de su país, ni se les daba nada de que estuviesen en la escasez de la mayor parte de las cosas que hacen la vida agradable: la esperanza de los bienes futuros, les proveía abundantemente de todo lo necesario: la Fé era su patria, y la Caridad les servía de Fortaleza para ponerse á cubierto de los insultos del comun enemigo. Aseguradas en estas tres virtudes, vieron sin alterarse llegar á Edesa, la una á su marido, y las otras á su padre acompañado de soldados para sacarlas de su retiro; si es que podemos dar nombres tan dulces, y tan honoríficos á un hombre que se había encargado de tan vergonzosa comision, y vil. Dispensémosle no obstante á favor de una esposa, y de dos hijas Mártires, y no aumentemos con nuestras reprehensiones la pena que acaso siente de verse obligado, á pesar suyo, á entregar lo mas querido que tiene en el mundo. Antes bien consideremos la sabia conducta de Domnina. Quando fue preciso evitar la persecucion, se retiró con prudencia: ahora que es necesario combatir, no piensa mas en la huida. Pronta está á seguir á los que la llevan: síguelos sin violencia, aunque sepa muy bien que es á la muerte conducida. Aprendamos de ella nosotros lo que debemos hacer en las diferentes ocasiones en que nos hallemos; porque así como no es justo exponernos temerariamente al peligro, así tampoco debemos retirarnos cobardemente quando se presenta. Pero



sigamos á nuestras Santas Mártires madre, é hijas. Hiciéronlas tomar el camino de Jerápolis (1), esto es, Ciudad sagrada. De un lugar próximo á esta fue desde donde en fin partieron para llegar á la que sola ella debe llevar el nombre de sagrada, esto es, á la celestial Jerusalem, y en donde terminaron todas gloriosamente su carrera del modo que voy á contar con palabras sucintas.

Costeaba un rio el camino real de Edesa á Jerápolis. Los soldados que las conducian, se detuvieron á comer á la sombra de algunos árboles, que por casualidad se hallaron á la orilla. Mientras que ellos comen, y no piensan mas que en beber, nuestras santas mugeres piensan en salvarse, y ponerse en libertad. Dícese que el marido de Domnina contribuyó á ello, y que las ayudó á engañar á sus guardias: yo me inclino bastante á este parecer; y es de creer que se portó así para poder librarse en algun modo de la cólera del soberano Juez, y tener alguna cosa que alegar en el dia del juicio, que pudiese descargarle en parte del delito de la traicion que había cometido, entregando á los tiranos su muger, y sus hijas. Lo cierto es que divertía á los soldados mientras que las Santas, retirándose insensiblemente de ellos, entraron en el rio para ahogarse. Apliquen el oido las madres, estén atentas las hijas, aprendan aquí unas, y otras sus obligaciones. Comprehendan estas hasta dónde debe llegar su obediencia, y con-

(1) Algunos creen que esta es la Ciudad de Alepo.

sideren aquellas qué fuerza tienen sus exemplos. Entra, pues, Domnina en el rio, teniendo á sus dos hijas por la mano: déxanse todas tres llevar de la corriente del agua, que las sumerge, las sofoca, y las bautiza con un bautismo nuevo, y poco usado; con aquel de qué hablaba Jesu-Christo á los dos hijos del Zebedeo (1), quando les decía: Vosotros beberéis el mismo caliz que yo beberé, y sereis bautizados con el mismo bautismo que yo he de ser.

Así esta admirable muger fue tres veces Martir: una vez por sí misma, y dos veces en sus hijas. ¿De qué valor no necesitó para executar la resolucion que había tomado de arrojarle en este rio? Pero qué heroica debió ser, quando propuso á sus hijas hacer otro tanto! Una madre naturalmente teme menos la muerte para sí, que para sus hijos: el golpe que los hiere, le es infinitamente mas sensible que el que la hiere á ella misma: imagínese, pues, si se puede, la violencia que se hizo Domnina queriendo reprimir los movimientos de la naturaleza: qué esfuerzo para apagar las llamas del amor materno, para ahogar todos los movimientos, para apaciguar las murmuraciones de su corazon, para calmar la conmocion de sus entrañas! Si una madre se tiene por desgraciada quando la muerte le acaba de quitar una hija muy querida: si despues de esto se le hace la vida molesta; ¡qué suplicio para el

(1) *Matth.* 20. 23.



alma de Domnina, que no pierde una hija solamente, sino dos á un tiempo; que no es una mera espectatriz de su muerte, sino que ella misma es la causa! En efecto, es quien las incita á su pérdida, quien las lleva, y la que las precipita.

Entretanto los soldados, ignorantes de lo que ha pasado, las aguardan; pero ellas ya están en el cielo con los Angeles; lo qual estos hombres privados de las luces de la Fé, no pueden imaginarse. S. Pablo dice, hablando de una madre, que será salva por medio de sus hijos: aquí es lo contrario, los hijos son los que deben su salvacion á su madre. Busquemos ahora las razones que hicieron emprender á esta una cosa tan extraña. ¿De dónde hace que ella no aguardase la sentencia del Gobernador, que sin duda la hubiera hecho conseguir el honor del martirio? ¿Por qué quiso prevenir su sentencia, condenándose ella misma á la muerte? ¿De dónde hace que no quisiese tampoco comparecer ante su tribunal? Pues no es porque temiese los tormentos, sino porque temía ver sus hijas expuestas á ojos lascivos: la vista de los verdugos nada tenía que la asustase, sino la de un vicioso, y corrompido. Y así sin querer arriesgar la victoria en un combate, comenzó erigiéndose un trofeo: en una palabra, mas quiso arrancar la corona, que disputarla.

¡Ah, madres que me escuchais, dad testimonio á la verdad! Vosotras habeis experimentado los dolores del parto; ¿pero podeis concebir cuáles

se-

serían los que despedazaron el corazon de Domnina, quando al entrar en el rio tomó de la mano á sus hijas? ¿Cómo no se llegaron á quedar inmóviles las suyas? ¿Cómo no se encogieron los nervios, ó por mejor decir, cómo pudieron ejercer su ministerio para arrastrar á la muerte á estas inocentes víctimas? ¿Cómo esta madre, diría yo en otra ocasion, la más desgraciada de todas las madres; cómo, digo, pudo obligar su razon á consentir en lo que iba á hacer? Pero en vano es el que busquemos lo que nadie podrá jamás hallar, lo que el espíritu no puede concebir, ni la palabra expresar. Sola ella, que fue la que experimentó entonces estos terribles dolores, lo podría explicar. Pero no demos nosotros todas nuestras alabanzas á la madre, reservemos algunas para las hijas, que no merecen menos nuestros elogios, y nuestra admiracion. Confesemos que la obediencia no era en esta ocasion una virtud facil de poner en práctica. No obstante, Domnina no necesita de hacer cuerdas, ni cadenas para atar las víctimas: ellas la siguen de su voluntad, ni tampoco huyen del altar. Entraron en el agua con una tranquilidad, y una alegría que pasma. Tambien tuvieron la presencia de ánimo, y la caritativa precaucion de dexar su calzado en la orilla, para que sus guardias no se tomasen el trabajo de buscarlas, y para que hallados estos calzados sobre la orilla del rio, les pudiese servir de descargo para con el Gobernador, que les acusaría, no sin algun color, de

ha-

MAR-



haberse dexado corromper por dinero, ó por la admirable belleza de sus prisioneras, facilitándoles su huida.

¿No os sentís ahora enteramente llenos de veneracion, de amor, y de respeto por la madre, y por las hijas? Aprovechémonos de estos momentos de fervor, y vamos á postrarnos ante sus reliquias. Pues es cierto que las cajas de los Mártires, y sus sagrados huesos, tienen la virtud de atraer las gracias, y las bendiciones del cielo sobre los que con veneracion las miran.

MAR-

## MARTIRIO

## DE S. CIRO,

## Y DE SU MADRE SANTA JULITA (1).

*Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, traducido al Latin por el P. Combefis, y cotejado con otro Manuscrito Latino de la Biblioteca de M. Colbert.*

*Carta de Teodoro Obispo de Icona, que contiene el martirio de S. Ciró, y de Santa Julita su madre.*

Cerca del año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

**M**Andasme, Santísimo Padre, por tu carta, que os informe de las particularidades del martirio de S. Ciró, y de Santa Julita: quereis saber si se conservan sus Actas en Icona, de donde os han dicho que madre, é hijo eran originarios. Os quexais que las que han dado en vuestras manos, son poco correctas, llenas de fábulas, de cuentos frívolos, y de muchas cosas que no admite la sólida, y austera decencia de la Religion Christiana. Vos las creeis supuestas, apócrifas, é indignas de toda creencia; y deseais, en fin, que os envíe á decir si se podrán recobrar verdaderamente sus verdaderas Actas. Pero como

nin-

(1) El dia 16 de Junio.